



Centro de Asesoría y Estudios Sociales
Atocha, 91 2º
28040 Madrid
Tel: 91 429 11 13 Fax: 91 429 29 38
www.nodo50.org/caes caes@nodo50.org

Colectividad. Individualismo. Virtud

Colectividad. Individualismo. Virtud.

Cualquier proyecto colectivo está atravesado por contradicciones, desencuentros y crisis. Debemos utilizar de forma productiva los problemas y el sufrimiento que acarrear para evitar que acaben con nosotros. Las acciones de las personas tienen mucho que ver con las normas y los valores, tanto si se observan como si se incumplen. Establecer algunos principios éticos compartidos como referencia para nuestras relaciones cotidianas, en base a nuestra experiencia, puede ser, más que un ejercicio retórico, una condición para sobrevivir y crecer.

En el capitalismo, la persecución del interés individual es el fundamento de la vida social. Nosotros combatimos eso. Pero de puertas adentro, no siempre lo hacemos. No se trata de cambiar el totalitarismo del mercado y la acción individual por el totalitarismo de nociones comunitarias que aplasten a la persona. Se trata más bien de restablecer normas comunitarias que nos permitan, desde lo que cada uno pueda, compartir un modelo deseable para la vida en común.

Al igual que sucede en el orden político, social y cultural, si no se tiene una ética alternativa, construida dinámicamente desde los colectivos, se trabaja, sin quererlo, sin saberlo, con la ética y los valores del enemigo. Los militantes no estamos vacunados contra el individualismo.

La virtud, el obrar bien, depende de que se fortalezca el proyecto común. En este sentido, la virtud es la excelencia en el propio comportamiento. Dicho de otra manera, la posibilidad de que nuestro comportamiento esté a la altura de las circunstancias, de las necesidades del proyecto común. En un principio está la acción. Lo bueno, lo virtuoso sólo puede serlo si se muestra en acciones buenas. [1]

Por el contrario, las acciones no virtuosas son las que no fortalecen, sino que debilitan la vida social, el proyecto común, fomentando la desconfianza, el sectarismo y la competencia. Este es el círculo vicioso.

La institución principal de la vida en común es la deliberación. Lo peor de los problemas es la incapacidad de deliberar sobre ellos de manera abierta y constructiva. Sin el diálogo, los problemas son el vehículo por el que se expresan las pasiones negativas. El objeto fundamental de la deliberación no son las cuestiones externas a nuestro obrar, sino lo que depende de nuestra inteligencia, voluntad, acciones y omisiones.[2]

La verdadera aventura revolucionaria no sólo tiene que ver con la sociedad exterior, con la lucha contra el poder visible, sino también con una componente interna, personal, en la que se reproduce la lógica que atraviesa toda la sociedad. Este es un frente de lucha principal que está fuera de nuestros planes, a pesar de que sufrimos constantemente sus consecuencias, causando más daño y más bajas entre nosotros que el enemigo exterior.

Autonomía y antiglobalización

La fuerza social emergente en los movimientos antiglobalización, puede favorecer la construcción de un nuevo sujeto social transformador integrado por mujeres, jóvenes, trabajador@s - estudiantes, precarizados, inmigrantes, etc. Estos sectores sociales son hoy la mayoría de la población asalariada, su segmento más explotado y humillado. Aunque algunos de sus militantes pertenecen a la vieja (aunque real) izquierda, en general se sienten muy distantes de ella. No les faltan motivos. Esta izquierda institucional, envejecida, conservadora, retórica, burocrática y cómplice, no solo se muestra impotente para construir un mundo mejor, sino también para

defender eficazmente a los sectores que la sostienen: la clase obrera estable, masculina, blanca, consumista, urbana y creyente en el progreso tecnológico.

La lucha contra la globalización puede convertirse en algo parecido a lo que fue la lucha antifranquista desde 1.960 hasta la muerte del dictador en 1.975. La oposición política a un régimen que impedía la autonomía, la libertad y el bienestar a la mayoría de la población, facilitó la convergencia en la lucha de amplios y diversos sectores sociales.

Si conseguimos salir de los lugares comunes y los vicios de la izquierda social, muy parecidos a los de la izquierda institucional pero menos explícitos, podemos convertir una paradoja, cada vez hay más explotación y menos lucha, en una contradicción social, millones de personas que sufren solas pueden reconocer al enemigo común y avanzar en oleadas contra él.

El papel de las redes sociales juveniles es primordial, en este esfuerzo, para incorporar precisamente al sector sobre el que se abate más intensamente la violencia explotadora y totalitaria del Capitalismo global, la juventud.

Solo en una marea de protesta social se pueden curar muchas de las patologías que padecemos y que esterilizan enormes masas de esfuerzo militante: los grupos portadores de la verdad revelada anarquista, comunista, materialista o postmaterialista, los militantes de ratos libres que se socializan directamente en estructuras de coordinación de movimientos sociales, una nueva burocracia experta en diseñar estrategias sobre la fuerza social de otros, la trampa de aliarse con los custodios de la democracia de mercado que son los mayores enemigos de la democracia, frente a los "violentos". Solo superando, desde la lucha social, estos problemas, surgirán nuevas generaciones de militantes, con experiencia, valor y capacidad para organizar una fuerza social que defienda la libertad, la democracia, el respeto a los derechos humanos, una convivencia pacífica y una vida mejor para tod@s.

Notas:

[1]Aristóteles. *Ética a Nicómaco*. Austral, Madrid, 1995.

[2] Aristóteles. *Ética a Nicómaco*. Austral, Madrid, 1995.